

2
2113

1932

108

K
1041

Las Señales de los Tiempos



¡Ved la satisfacción de este muchacho! Ahora es el tiempo de los baños de río o de mar. Tales baños son de mucho beneficio. Véase el artículo titulado: Los beneficios de los baños de mar

Precio: 30 céntimos.

La situación religiosa en Rusia

Al tiempo de Pascua, que esta primavera tenía lugar el 1 de mayo en el país de los Soviets, el Gobierno organizó una extensa campaña antipascual. Los periódicos anunciaron toda clase de fiestas, conferencias, reuniones, etc., antirreligiosas. En museos hubo exposiciones especiales. El Gobierno mismo estaba al frente de tal propaganda.

Lo hecho al tiempo de la Pascua no es más que un episodio de un plan que el Gobierno viene aplicando desde hace años para extirpar de Rusia todo sentimiento religioso o cristiano. La organización Sin-Dios hace mucha propaganda en este sentido. Un periódico que lleva el mismo título favorece grandemente tal actividad.

¿Cuál es, en Rusia, el resultado de esta campaña antirreligiosa? En muchos pueblos se cerraron las iglesias, dedicando los edificios a otros usos. Es cierto que los esfuerzos que se están haciendo para desarraigar el espíritu religioso han tenido algo de éxito. Las organizaciones ateas prosperan.

Sin embargo, no ha habido todo el éxito que se esperaba. Hace años que se emprendió la lucha para desterrar a Dios de Rusia. Con amenazas y persecución, los enemigos de la religión esperaban realizar su propósito. Pero finalmente, después de violentas persecuciones, las autoridades soviéticas empezaron a ver que estaban empeñadas en una lucha desesperada contra 60 ó 70 millones de trabajadores.

El Gobierno soviético dice que, según la doctrina de Lenin, la religión es una cosa privada que no concierne al Estado, y que la religión no tiene ninguna relación con el Estado. Tal principio conduce, generalmente, a una política de neutralidad y de tolerancia. Sin embargo, no hay tal tolerancia por parte del Gobierno en Rusia. ¿Por qué? Porque sí, como Gobierno, los Soviets consideran a la religión como cosa privada, dicen que como partido no pueden considerarla así, y como el partido y el Gobierno son la misma cosa, resulta así que el Gobierno personifica la intransigencia e intolerancia del partido.

Pero, a pesar de todo, repetimos que las autoridades no vencieron en la lucha como lo esperaban. La población rusa se compone mayormente de campesinos, y hay millones de ellos. Estos, en su mayoría, tienen profundos sentimientos religiosos, y no se dejaron robar su fe. Además, no mantuvieron una actitud pasiva en el asunto, sino que tomaron la ofensiva, haciendo propaganda clandestina primeramente y pidiendo luego que se abriesen nuevamente las iglesias. Muchos abandonaron las asociaciones ateas a las cuales se habían, tal vez, unido a la fuerza o por miedo. Resulta, pues, que leyes o medidas gubernativas no bastaron para quitar las convicciones religiosas de la gente. Es que cuando tales convicciones están en el corazón nada ni nadie las puede quitar. Bien lo dijo Miguel Maura en el Parlamento español el año pasado al contestar a un sacerdote diputado: "¿De dónde

saca su señoría que se le puede robar la fe a nadie?" Extraña pregunta, verdaderamente, pero que encierra una respuesta que expresa de una manera categórica la imposibilidad de robar una fe profundamente arraigada en el corazón. Y es verdaderamente así.

Antes de la revolución rusa, la religión ortodoxa era la religión oficial del Estado y se castigaba a todos los que abandonaban dicha confesión, como también a aquellos que profesaban otra religión y no querían aceptar la ortodoxa. En medio del fuego de la persecución, los pueblos limítrofes de Asia dejaron nominalmente sus cultos orientales y otros para abrazar la religión ortodoxa. Pero después de la revolución que derribó al antiguo régimen, la religión ortodoxa dejó de dominar y estos pueblos orientales volvieron libremente a sus antiguos cultos mahometano, budista, lamaísta o judío. Esto indica claramente que no se tiene más éxito al querer imponer una religión por fuerza que al querer quitar sentimientos religiosos por el mismo procedimiento. Los que ceden bajo la presión perseguidora no pueden ser sinceros. Son formalistas y desde el momento que cesa la coacción cambiarán de actitud, volviendo a las ideas de su libre elección.

A consecuencia de lo sucedido en Rusia en armonía con estos principios, "los gobernantes empiezan a comprender que no se cambia el hombre a voluntad, y que no basta para matar el sentimiento religioso reemplazar las iglesias por tractores".

Algo semejante a lo ocurrido en Rusia se ha visto en España también. Antes de la venida de la República, la religión católica romana era la religión oficial, del Estado, y los que no eran católicos se les molestaba muchas veces de diversas maneras. Para evitar experiencias desagradables muchos iban a la iglesia, a las procesiones y tomaban parte en manifestaciones religiosas, únicamente para evitar represalias. Sin embargo, en su corazón, no eran católicos sinceros. Por eso decía el señor Ossorio y Gallardo: "España es un país católico sin cristianos: cuidadoso de la liturgia, pero olvidado de los mandamientos de la ley de Dios..."

Vino la República y con ella mayor libertad religiosa. Entonces, aquellos que eran católicos formalistas o sólo por conveniencia material, dejaron de serlo en este ambiente de libertad, no teniendo ya que temer represalias. Y en cierto sentido dejó España de ser católica, como lo dijo el señor Azaña. Sí, dejó de ser católica por fuerza, y los católicos que ahora hay en España lo serán con más sinceridad por serlo por convicción, muchos de ellos al menos. Y los que no lo son, es libremente también que creen lo que les parece bien. Y así todos practican libremente lo que creen, y así ha de ser en el civilizado siglo XX. Esperamos que el fracaso de la lucha antirreligiosa en Rusia contribuirá también allí a la implantación de una verdadera libertad religiosa.

R. G.

Redactor:
R. GERBER
Administración:
Covarrubias, 28
Teléfono 34155
MADRID

LAS SEÑALES DE LOS TIEMPOS

REVISTA MENSUAL

PRECIOS
Ptas.
Número suelto . . . 0,30
Suscripción anual en
España . . . 3,50
En el extranjero . . . 4 oro

AÑO 1932

MADRID

NÚM. 8.

¿Cuál es la Biblia auténtica?

por Salvador M. Iserte

II.—El testimonio de la Historia.

Para determinar la veracidad de un aserto religioso recurrimos en primer lugar a las Sagradas Escrituras. En ellas encontramos siempre un testigo veraz y competente del más alto valor. En realidad, son la eterna palabra de Dios hablando en lenguaje de hombre, resonando en oídos humanos, pero saliendo de los labios del Altísimo. En segundo lugar, volvemos nuestros ojos a la Historia, maestra de la vida, o, como la llamaba Cervantes, traduciendo a Cicerón, "émula del tiempo" y "testigo de lo pasado". Este es también el camino que seguimos en nuestro estudio de los libros apócrifos.

En el número anterior presentamos lo que la viviente Palabra de Dios nos dice acerca del Canon Sagrado. Su voz es inequívoca en contra de la aceptación de los libros apócrifos como inspirados.

Concedamos ahora la palabra a la Historia, que nos hablará, por boca de los judíos, de Cristo mismo, de los apóstoles y escritores del Nuevo Testamento y de los padres de la Iglesia cristiana.

La cita de Flavio Josefo que dejamos consignada anteriormente resume el testimonio del pueblo de Israel, que es unánime en contra de los apócrifos. Esto nunca ha sido contradicho.

Escuchemos ahora

LA VOZ DEL CRISTO

Siempre fué pura y verdadera. Explicó a los suyos todo lo que significaba el Antiguo Testamento. Pues bien: esa voz pura y verdadera no citó nunca los apócrifos. No los citó, porque no eran puros y verdaderos, como veremos más adelante al examinar las evidencias internas. No los podía nombrar. Las fábulas que incuban en su seno, los fantasmas que revolotean a su alrededor, las falsas enseñanzas que



se introducen por subterfugio, las prácticas inmorales que se defienden, las doctrinas antibíblicas que se pregonan y hasta la elevación del suicidio a noble virtud, se lo impedían por completo. Cristo, por el contrario, citó abundantemente los libros del Antiguo Testamento, y a menudo se refirió a la Ley, los Profetas y los Salmos—las tres partes en que dividían los judíos el Antiguo Testamento—, en los cuales no se incluían los apócrifos.

Nosotros, como cristianos, miramos a Jesús como modelo en todas las cosas. En esto no podemos hacer una excepción. El testimonio del Maestro es supremo. Es decisivo. No necesitamos otro. Pero ya que no escasean, pasaremos revista a algunos.

LOS ESCRITORES DEL NUEVO TESTAMENTO

Los apóstoles y los escritores del Nuevo Testamento nunca nombran a los apócrifos. Podemos recorrer las sagradas páginas, desde el Evangelio de San Mateo hasta el Apocalipsis de San Juan, sin encontrar la más mínima referencia a los apócrifos. Absolutamente nada. Y, sin embargo, ellos los conocían. Los conocían, porque dichos libros relataban grandiosos acontecimientos históricos en la vida reciente del pueblo judío, al cual todos ellos pertenecían. Pero ellos sabían que no eran inspirados. Por eso pusieron mucho cuidado en no citarlos. Este notable hecho sobresale más al recordar que en el Nuevo Testamento hay 263 citas directas del Antiguo, además de 370 alusiones a sus pasajes. O sea que el Nuevo Testamento recuerda 633 veces al Antiguo (Sidney Collet), y entre todas ellas ni una sola vez se escapa una palabra con referencia al contenido de los apócrifos. Este testimonio es avasallador.

Después de hacer un estudio de la Biblia católica, queda imborrable esta impresión: el Nuevo Testamento desconoce hasta la misma existencia de los apócrifos. Es verdad que en las notas de la versión de Torres Amat se encuentran ciertas referencias a los libros no inspirados, pero esto es sólo por razón de semejanza del asunto a tratar, y nunca como una copia después de las palabras "Escrito está" o de sus equivalentes. Las mismas notas católicas ni una vez afirman o sugieren que algunas palabras del Nuevo Testamento sean tomadas de los apócrifos. ¿Queremos un testimonio mayor? La misma aprobación constante de los contrarios es una buena confirmación.

Los tres textos más semejantes—que en realidad no se pueden llamar citas—son los siguientes: Juan 6:31, que está tomado de Exodo 16:4 ó de los Salmos (77:24, V. T. A., y 78:24, V. V.), de donde lo tomó, a su vez, el apócrifo Sabiduría 16:20. El segundo es Romanos 12:19, que visiblemente fué copiado de Deuteronomio 32:35, y no del apócrifo Eclesiástico 28:1, que varía mucho; además, los libros de Moisés eran los que se citaban más a menudo. El último es 1.^a Pedro 1:24, 25, tomado literalmente de Isaías el profeta evangélico, y no de Eclesiástico 14:8, que difiere notablemente.

Las demás notas al pie no necesitan explicación, ya que hasta para el lector casual aparece inmediatamente su origen de los verdaderos libros sagrados, no pasando nunca de ser referencias.

Lector amigo: si estás ávido de la Verdad, examina atentamente estas cosas, y verás que en realidad los apócrifos son desconocidos por la Biblia canónica entera.

Y como coronación del argumento, el apóstol San Juan, que, como su Maestro, conocía y aceptaba el Antiguo Testamento israelita, declara en la última página del sagrado volumen:

"Yo protesto a todos los que oyen las palabras de la profecía de este libro: que si alguno añadiere a ellas cualquiera cosa, Dios descargará sobre él las plagas escritas en este libro. Y si alguno quitare cualquiera cosa de las palabras del libro de esta profecía, Dios le quitará a él del libro de la vida."

En esta maldición ha caído la Iglesia romana al añadir materia profana a la sagrada.

LOS PADRES DE LA IGLESIA

Los cristianos que sucedieron a los apóstoles creyeron, como éstos, en las Sagradas Escrituras del Antiguo Testamento canónico, y no en los apócrifos. Desde el siglo I al XVI, eminentes eclesiásticos los rechazaron terminantemente. Entre ellos citaré algunos, que entresaco de una lista bastante fidedigna:

Melitón, obispo de Sardis (siglo II); Orígenes (siglo III); Cirilo, de Jerusalén; Eusebio, obispo de Cesárea; los obispos reunidos en el Concilio de Laodicea (siglo IV); Jerónimo (siglo IV); Agustín (siglos IV y V); Gregorio el Grande, papa (siglo VII); Juan Damasceno (siglo VIII); el famoso cardenal

Cayetano, que dedicó su comentario del Antiguo Testamento al papa Clemente VIII, distinguía entre los canónicos y los apócrifos (siglo XVI, unos doce años antes del Concilio tridentino).

Jerónimo fué el encargado oficialmente por el papa español San Dámaso para traducir las Escrituras del hebreo al latín. El papado entonces poseyó una Biblia oficial, que aún lo es: la "Vulgata". Jerónimo mantuvo la validez del Canon hebreo de los judíos de Palestina, que es el Antiguo Testamento como está en las Biblias protestantes. Su actitud respecto a los apócrifos demuestra que él hacía una diferencia muy señalada entre ellos y los del Canon auténtico. En el prólogo general de las Escrituras dice el gran doctor:

"Este prólogo, como principio galeato [defensor o justificante] de las Escrituras, puede convenir a todos los libros que tradujimos del hebreo al latín: de tal modo, que consideramos que ha de ser tenido como apócrifo [falso] cuanto está fuera de éstos. Así, pues, no están en el Canon el de la Sabiduría, que vulgarmente se llama de Salomón; el de Jesús [Eclesiástico], hijo de Sirac; el de Judit, el de Tobías y el Pastor" (*).

Fuó, por fin, en el Concilio de Trento (IV sesión, año 1546) reunido—notémoslo bien—con el objeto principal de "extirpar la herejía", que, viéndose Roma atacada por la Reforma en terreno bíblico, votó dos decretos: el primero, dando a la tradición el mismo valor que a la Escritura como manantial de fe, y el segundo, como corolario del primero, considerando los apócrifos (que nunca habían pasado de ser tradición) como procedente de la Inspiración divina, lo mismo que los canónicos.

Hizo esto Roma porque comprendía precisamente que los apócrifos tienen una enseñanza desconocida en la Biblia. Demostró así su apego a la tradición, equiparándola con la Revelación, y rechazó los esfuerzos del sabio cardenal Jiménez y de otros doctores de la misma Iglesia romana.

Desde aquella fecha Roma anatematizó todos los que no aceptasen los apócrifos como inspirados, es decir, a todo aquel que llamase a lo falso, falso. Pero a nosotros no nos importa nada el anatema del papa si tenemos la aprobación de Cristo. ¡El error excomulgando a la verdad! La verdad, tarde o temprano, triunfará siempre, sin duda alguna.

Aunque parezca extraño, hasta en la Biblia católica, en la edición de 1928, publicada por "Apostolado de la Prensa", se encuentra esta distinción. En la "Introducción general" llama a los apócrifos deuterocanónicos, y a los inspirados, protocanónicos, y dice: "Deuterocanónicos se llamaron aquellos de cuya inspiración hubo dudas por algún tiempo en algunas Iglesias particulares; los demás se llaman

(*) Esta es una traducción libre del original, que dice así:

"Hic Prologus, Scripturarum quasi galeatum principium. omnibus libris, quos de Hebraeo vertimus in Latinum, convenire potest, ut scire valeamus, quidquid extra hos est inter apocrypha esse ponendum. Igitur Sapientia, quae vulgo Salomonis inscribitur, et Jesu filii Syrach liber, et Judith, et Tobías, et Pastor, non sunt in Canone."

protocanónicos" (pág. XI). En la nota explica que del Antiguo Testamento son deuterocanónicos Tobías, Judit, la Sabiduría, el Eclesiástico, Baruc, los dos libros de los Macabeos, algunos fragmentos de Ester y Daniel, que son precisamente todos los apócrifos que nosotros no aceptamos. Y esto ya es decir bastante. Especialmente si tenemos en cuenta el anatema que lanzó el Concilio de Trento: "Si alguno no recibiese como sagrados y canónicos estos mismos libros enteros [apócrifos y todo] con todas sus partes..., sea anatema." ¿Qué más podía añadir Severiano del Páramo, S. I., que ha preparado la versión Torres Amat, ante este anatema?

CONCLUSIÓN

Vemos, pues, que Dios ha cuidado del texto sagrado. No podía olvidarse del mensaje de Salvación que había revelado al mundo. Si él había dado un Libro inspirado, velaría con interés por su contenido. Y ha velado. No ha cortado las manos a los que le añadían algo, porque generalmente no son tales los caminos del Señor. Sin embargo, ha dejado evidencias bastantes para que toda alma que sinceramente busque la Verdad pueda hallarla. Pero hay que buscarla. El mejor tesoro no se encuentra en la superficie de la tierra. Está esperando en el interior a que alguien excave el terreno.

Todas las tentativas hechas para disminuir la integridad de la Biblia, o para añadirle nuevos escritos, son tan culpables como inútiles. Por cada Biblia católica que hay en el mundo, hay millares sobre millares de Biblias cristianas, verdaderas, las

llamadas "protestantes" y lo son de veras, porque protestan de los errores de las falsas. Y si "no conocer el Sagrado Texto es no conocer a Cristo", como ha dicho el papa actual, Pío XI, entonces, ¿qué poquitos católicos españoles conocen a Cristo por el texto que el papado les ha dado!; porque la inmensa mayoría de españoles—católicos y no católicos—que conocen la Santa Biblia, es gracias a las ediciones de la Sociedad Bíblica, que da íntegro todo el Texto Sagrado, sin los apócrifos. Por todos los países del mundo es la Biblia auténtica la que circula, y en gran número de ellos se desconoce prácticamente la existencia de otra Biblia. ¿Por qué? Porque millones de creyentes, en todos los tiempos y en todos los pueblos, la han probado, encontrando en sus sublimes páginas nueva vida y en sus enérgicas a la par que dulces palabras nuevo poder de lo Alto, sancionando así con su experiencia el canon verdadero—el hebreo—, sacrificándose después para su rápida propagación, lo cual nunca han hecho los católicos, a pesar de sus millones.

Recapitulando, diremos que la historia hace eco a la profecía confirmando a las Escrituras de Verdad en su encumbrado e inaccesible pináculo de gloria y esplendor, dejando a los apócrifos en el valle de las narraciones profanas y de las fábulas mitológicas.

En el próximo número examinaremos uno por uno cada uno de los apócrifos.

Y daremos fin por hoy diciendo, con la Sociedad Bíblica de Edimburgo (1826), que toda la colección de los apócrifos es "mala en sí misma, mala en sus efectos y mala desde todo punto de vista".



En pasados siglos, expuestos a muchos sufrimientos, los verdaderos cristianos hicieron muchos sacrificios para propagar la verdadera Biblia.

La ciencia moderna justifica la creación

por el profesor H. W. Clark

La naturaleza del mundo físico ha sido siempre un enigma para los científicos. Desde los primitivos tiempos de la especulación de los griegos hasta el presente, las mentes de los hombres pensadores han rebotado de teorías desarrolladas en sus esfuerzos para resolver este problema. En nuestra sabiduría moderna, nos reímos de los toscos esfuerzos de los antiguos para explicar la materia en los términos de agua, fuego, aire y tierra; pero, a pesar de todo nuestro conocimiento, queda este problema todavía sin solución, como antes. Cuanto más hemos aprendido sobre la química de la materia, tanto menos comprendemos la naturaleza verdadera de las sustancias que estudiamos. La física moderna nos enseña verdades muy importantes sobre la composición de la materia, y no es la menor de ellas el hecho de que la materia no es eterna, sino que es la manifestación de algún poder que se encuentra invisible y desconocido fuera de la misma materia.

EL MISTERIO DE LA MENTE

De la antigua idea de la eternidad de la materia surgió un problema que en vano se han esforzado en resolver los filósofos de todas las épocas. Los hombres, en todo período del humano pensamiento, han reconocido una aparente brecha entre los fenómenos físicos y mentales; las reacciones físicas comunes en la naturaleza obedecían a las leyes del espacio y del tiempo, mientras que los fenómenos mentales y espirituales no, sino que estaban sujetos a otra serie de leyes cuya explicación no se encuentra en el mundo físico.

Pero ¿cómo puede una entidad cualquiera, espiritual e intangible, afectar la verdadera sustancia material? O, a la inversa, ¿cómo puede la materia sólida producir actividades mentales y espirituales? El dualismo así establecido entre el reino de lo físico y el reino de lo espiritual presentaba un insuperable problema. Muchas teorías ingeniosas se han desarrollado para quitar la dificultad; pero, en general, son de dos clases: panteístas y materialistas. Platón, por ejemplo, negaba la realidad de la existencia de la materia, y lo consideraba todo como la mera expresión de una inteligencia universal; otros, al contrario, han negado la existencia de lo espiritual, enseñando que no existe nada sino partículas de materia, y que el proceso mental es puramente debido a las fuerzas químicas y físicas que obran en la materia orgánica.

El creyente en la creación no ve problema alguno en esto, porque, aceptando cándidamente la declaración "en el principio creó Dios", ve las cosas materiales como dependientes del poder de la Divinidad, y admite el reino de lo espiritual, no en el campo de lo físico, sino distinto de él. Esto no quie-

re decir que no existe relación entre lo físico y lo espiritual, sino que coloca lo espiritual en un plano distinto que si se explicase en los términos de lo físico.

De una manera admirable la ciencia moderna justifica al creyente en la creación, al asumir este principio básico. Con el desarrollo de la química moderna ha llegado a ser definitivamente conocida la composición de la materia. Los antiguos griegos creían que si uno dividía la materia en partículas siempre más pequeñas, se llegaba finalmente a una partícula indivisible. A esta última partícula llamaban átomo. Pero sus átomos eran necesidades lógicas, y no realidades experimentales; es decir, creían en átomos porque no podían creer en otra cosa. La ciencia moderna, por el contrario, ha llegado a creer en los átomos por evidencia experimental. Nuestro moderno atomismo es muy diferente del atomismo de los griegos, pues ellos creían que todos los átomos eran iguales, y nosotros sabemos que hay muchas clases distintas.

EL ÁTOMO

Tomenos una gota de agua, por ejemplo. Dividámosla en partes siempre más pequeñas, hasta que millares de ellas puedan caber sobre la cabeza de un alfiler. Estas ínfimas partículas se llaman moléculas, y son las últimas partículas de las cuales se compone nuestra gota de agua. Si dividimos la molécula en partes más pequeñas, cambia su naturaleza. Se descompone en átomos de oxígeno y de hidrógeno. El átomo de hidrógeno es tan ínfimo, que cinco millones de ellos pueden caber sobre la cabeza de un alfiler.

Las cifras que preceden son casi hechas para asustarnos; pero vayamos adelante, e inquiramos en cuanto a la naturaleza del mismo átomo. La física moderna ha revelado cosas muy importantes. Sin pretender describir en detalle los varios medios para determinar todos estos hechos, podemos decir, sencillamente, que las investigaciones hechas han demostrado que el átomo es como un sistema solar en miniatura, compuesto de un núcleo central y varias partículas alrededor, que giran en sus órbitas. Estas partículas se llaman electrones, y cada electrón pesa como la ochentamilésima de la millonésima parte de un gramo. Pero el punto peculiar que más nos importa es que estos electrones son exactamente iguales en apariencia, en todas las sustancias. Es decir, que, sea cual sea la sustancia que se estudie, o cuantos electrones forman el átomo, al reducir el átomo a sus componentes, todos los electrones son iguales. Uno podría creer que se ha dado con la sustancia única de la cual es formado el universo.

Los griegos decían que los átomos eran todos iguales, y se perdieron en sus filosofías cuando pretendieron explicar cómo un conjunto de átomos iguales podía producir las diferencias observadas en las distintas cosas materiales. Pero la ciencia moderna llega forzosamente por sus observaciones a la conclusión que todos los electrones son iguales, aunque quizá tenga que dar otro paso y reconocer que no existe razón alguna por las diferencias de propiedades de la materia. En relación con esto aparece otro hecho notable, pues es evidente que la masa unidad del electrón y la masa unidad de la carga eléctrica son idénticas. Al preguntárseles el significado de este fenómeno, algunos de los más notables científicos admiten que la unidad de la materia no es un bulto de algo que lleva una carga eléctrica, sino que es una carga eléctrica en sí misma. En otras palabras: el electrón no es una masa de materia con una carga eléctrica, sino que es una partícula unitaria de la electricidad.

Las conclusiones de estos últimos descubrimientos científicos son asombrosas, porque revelan un universo construido, no de partículas de materia inerte que puede existir por sí sola, sino de cargas eléctricas. La materia, pues, viene a ser como una serie de sistemas dinámicos, más bien que pedacitos de material. Hay que pensar en la materia como algo activo, potente, no como una masa inerte. Aquí también el creyente en la creación está de acuerdo con los últimos datos de la ciencia, porque ¿no dice la Palabra "En el principio crió Dios"? El Salmista dice: "Porque él dijo y fué hecho; él mandó y existió. Por la Palabra de Jehová fueron hechos los cielos" (Salmo 33:9, 6). Pablo dice, hablando de Cristo: "Sustentando todas las cosas con la palabra de su potencia" (Hebreos 1:3). La naturaleza no es un mecanismo movido por sí mismo, sino que su misma sustancia depende del instantáneo y continuo poder del Creador para mantenerla en existencia. Su palabra, el Logos, como la llama Juan; la expresión hablada de su poder, como lo indica el griego, trajo a existencia esos maravillosos sistemas atómicos, y por su continuo poder son mantenidos en operación.

Cuanto más investigamos las propiedades de la materia, tanto más vemos el poder del Creador expuesto. Las diferencias entre las varias sustancias no pueden explicarse en términos de estructuras de electrones. Por ejemplo: el átomo de carbono consiste en un núcleo central con doce electrones a su alrededor; el átomo de nitrógeno, en un núcleo y catorce electrones, y el átomo de oxígeno, en un núcleo y dieciséis electrones. Estos electrones son todos iguales, de suerte que no ofrecen base alguna para explicar las propiedades distintas del carbono, del nitrógeno y del oxígeno. Este problema constituye hoy uno de los grandes misterios que la ciencia ha de confrontar, y la ciencia materialista no puede dilucidarlo. Pero el que cree en un Creador personal puede interpretar este hecho, poniendo por base la

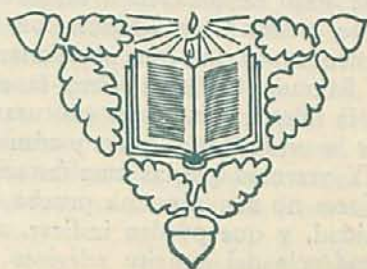
idea que estas configuraciones atómicas son sencillamente las formas que Dios ha elegido para manifestar su poder. No podemos comprender a Dios ni su naturaleza, no podemos ver ni sentir su poder, pero sí vemos las manifestaciones de ese poder. Vemos su poder manifestado de una manera ordenada y sistemática y sobre una definida base matemática. Con esto como punto inicial podemos investigar su modo de obrar, y, como Kepler, podemos leer los pensamientos de Dios tras él.

Al subir la escala de ascendente complejidad en la naturaleza, encontramos simples átomos combinados en moléculas; las moléculas, en elementos; los elementos, en cuerpos compuestos hasta el pleno desarrollo de nuestra ciencia química. Sobre la materia física encontramos el mundo vivo, y en el mundo vivo encontramos el fenómeno de la mente y el pensamiento. Cada principio más elevado obra de acuerdo con las leyes que gobiernan las estructuras inferiores, y desde el fondo a la superficie hay perfecta unidad de ley y orden.

MENTE Y MATERIA

A la luz de estos modernos descubrimientos, el viejo misterio de la relación de la mente y la materia desaparece completamente. Si la materia no es más que una manifestación del poder de Dios, llega a ser una manifestación o expresión de su pensamiento, y dándole una interpretación dinámica o eléctrica es fácil ver cómo su mente puede dirigir la materia. De la misma manera, la materia, siendo dinámica, puede imprimir su actividad en nuestras mentes, y nuestras mentes, a su vez, pueden reaccionar en la sustancia material de nuestro sistema nervioso y por éste en el mundo exterior. Siendo que materia, electricidad, gravitación y luz son todas ellas manifestaciones distintas del mismo poder universal que procede del trono de Dios, podemos entender cómo nuestras mentes comprenden el significado del universo y cómo se puede obrar sobre la sustancia material por lo que podríamos llamar la mente inmaterial.

La moderna ciencia parece haber ido abriendo los secretos de la naturaleza hasta su último análisis; y en nada ha probado tan eficazmente la veracidad de la Biblia como en lo que trata de la constitución eléctrica de la materia. Después de todo lo que se ha dicho y hecho, los resultados científicos verifican la fundamental verdad expresada en el Génesis por estas palabras: "En el principio crió Dios."





Cristo diciendo a los fariseos que la verdadera religión exige la limpieza del corazón y no solamente ciertas ceremonias exteriores.

¿Llevaremos a Cristo encima del pecho o dentro del corazón?

por Roberto Gerber

Hace algunas semanas, en la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, muchas personas manifestaron su religiosidad poniendo colgaduras en los balcones. Muchas de estas colgaduras llevaban encima la imagen del Sagrado Corazón de Jesús. La Iglesia católica romana considera lo sucedido en dicho día como una afirmación magnífica de la vitalidad del verdadero sentimiento religioso en España.

No negamos que sean numerosas las personas que manifiestan interés profundo para las cosas religiosas. Sin embargo, nos preguntamos si estas manifestaciones religiosas exteriores constituyen en realidad una prueba inequívoca de verdadera religiosidad, tal como la preconizó Cristo, el divino Maestro. ¿No sería más bien esta manera de hacer alarde de las creencias una señal de decadencia espiritual? Claro está que si se confunde la religión con la iglesia, entonces tienen razón los que proclaman el éxito del día del Sagrado Corazón. Pero la religión es una cosa, y la iglesia otra. Aquí procuramos indicar lo que es la verdadera religión y cómo se ha de manifestar. Y veremos que las manifestaciones religiosas exteriores no son ninguna prueba de verdadera religiosidad, y que pueden indicar, al contrario, una decadencia del espíritu religioso, rebaján-

dolo y haciendo de la religión una cosa mezquina, vulgar, grosera y puramente formalista.

Esto no se aplica solamente a las colgaduras del día del Corpus o del Sagrado Corazón de Jesús. Lo mismo puede decirse de tantas otras manifestaciones, como lo son el llevar cristos o medallas (costumbre que tienen hoy muchas mujeres), sin olvidar los escapularios y otros objetos de culto que uno puede llevar encima con el fin de conseguir bendiciones o hacer alarde de sus ideas. Repetimos que esto, en vez de indicar mayor religiosidad, demuestra más bien un decaimiento de los valores espirituales de la religión.

Así lo consideran muchos, y un periodista escribió recientemente lo siguiente: "Todos los días aparecen en el catolicismo síntomas de descomposición, síntomas de una muerte próxima y cierta." Y, como prueba de ello, cita precisamente la costumbre de llevar cristos sobre el pecho.

Esta manera de practicar la religión no solamente indica en el que así obra incompreensión del verdadero espíritu o sentimiento religioso, sino que ejerce una influencia contraria a los intereses de la religión. Este modo de obrar, en vez de fomentar la simpatía hacia las cosas religiosas, produce precisamente un efecto contrario. Se considera como un arma ofensiva, un instrumento de combate, y a los hombres les repugna tal propaganda. Además, como lo hemos dicho ya, se rebaja así la religión cristiana al nivel de las prácticas idólatras de pueblos salvajes de Africa y otros lugares. Ellos tienen sus amuletos.

¿Son otra cosa las medallas y los cristos? Felizmente que hay muchos que no consienten que Cristo en la cruz descienda a la insignificancia de un amuleto.

Por tanto, estas manifestaciones exteriores no son prueba de que los que las hacen son verdaderos cristianos. Conviene aplicar aquí algunas declaraciones hechas por J. Sánchez-Rivera en el *Heraldo de Madrid* del 8 de junio de 1932. Dice lo siguiente:

“¿Cuántos de los que el pasado viernes colgaron sus balcones llevarán sinceramente a Cristo en el corazón? ¿El cinco por ciento? Puede que sean muchos.

“Si el Cristo volviese al mundo en un día de esos que dicen consagrados ‘al Corazón de Jesús’, como Él lee en las almas, hubiera arrancado con indignación las percalinas o las sedas de la mayor parte de las fachadas, arrojando de sus casas a latigazos a los moradores, como antaño a los fariseos del templo. ‘Raza de víboras: tenéis el semblante agradable, pero horrible el espíritu’, les habría repetido.”

Es verdad. ¡Cuán pocos llevan verdaderamente a Cristo dentro de sus corazones! ¡Cuántos tienen una religión de puro formalismo, sin experimentar el poder del Evangelio en sus vidas! Tal era la religión de los fariseos en el tiempo de Cristo, y para reconocer a Cristo como enviado de Dios, esperaban de Él una actitud idéntica a la de ellos, subrayando las formas exteriores del culto y pasando por alto la verdadera piedad del corazón. He aquí lo que Cristo dijo sobre este particular:

“El reino de Dios no viene con manifestación exterior. Ni dirán: ¡Helo aquí!, o ¡Helo allí!, porque he aquí que el reino de Dios está dentro de vosotros” (Lucas 17:20, 21, V. M.).

En estas palabras tenemos la norma divina en cuanto al reino de Dios en este mundo. En ellas se dice claramente que el reino de Dios “no ha de venir con muestras de aparato” (versión católica de Torres Amat), con demostraciones exteriores, sino que ha de implantarse en el corazón humano, dentro de la conciencia. Únicamente esto tiene algún valor delante de Dios. Las prácticas exteriores sin la experiencia del alma desagradan a Dios, es una abominación a sus ojos, porque constituye una vil hipocresía. Por eso decía Cristo a los fariseos: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que limpiáis por defuera la copa y el plato, y por dentro estáis llenos de rapacidad e inmundicia. ¡Fariseo ciego! Limpia primero por dentro la copa y el plato, si quieres que lo de afuera sea limpio. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, porque sois semejantes a los sepulcros blanqueados, los cuales por afuera parecen hermosos a los hombres, mas por dentro están llenos de huesos de muertos, de todo género de podredumbre. Así también vosotros en el exterior os mostráis justos a los hombres, mas en el interior estáis llenos de hipocresía y de iniquidad” (Mateo 23:25-28, Torres Amat).

Por idénticas razones echó Cristo a los mercaderes del templo. Al vender animales a los peregrinos

para los sacrificios, ellos pretendían mostrar celo en las cosas de Dios. Pero Cristo, que lee en los corazones, vió en ellos la codicia, la avaricia y otros pecados repugnantes. Tal hipocresía merecía un castigo inmediato por parte de Cristo, quien expulsó a los culpables del templo.

A pesar de estas amonestaciones de Cristo, existe todavía el fariseísmo. Prediciendo lo que habría de suceder hoy entre los que se llaman cristianos, el apóstol San Pablo los reconoce culpables de muchos pecados, entre los cuales se destaca el de la hipocresía, porque dice que los hombres tendrán “apariencia de piedad, mas habiendo negado la eficacia de ella” (2 Tim. 3:5). Habrá manifestaciones piadosas exteriores sin la correspondiente experiencia del corazón. De nada sirve tal religión.

Resulta, pues, que lo primero y lo esencial es la experiencia religiosa del corazón. Debemos llevar sinceramente a Cristo dentro del corazón. Tal es la verdadera religión del Evangelio puro. Enseña que la aspiración de todo cristiano debe ser “que habite Cristo por la fe en vuestros (sus) corazones” (Efesios 3:17). Presenta como la cumbre de las riquezas del Evangelio: “Cristo en vosotros la esperanza de gloria” (Colosenses 1:27). Al hablar de su experiencia personal, el apóstol San Pablo dijo: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y vivo, no ya yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó, y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20).

Podría citar muchas otras declaraciones de las Sagradas Escrituras que señalan la absoluta necesidad de una profunda e íntima experiencia espiritual para entrar en el reino de Dios. Cristo dijo a Nicodemo: “De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere otra vez, no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3). Indica después que se trata de un renacimiento espiritual, y esto afecta a lo más profundo de la conciencia. El apóstol Pablo dijo también: “No os conforméis a este siglo, mas reformaos por la renovación de vuestro entendimiento” (Romanos 12:3).

Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento enseñan que Dios da un nuevo corazón a los que quieren servirle, y que escribe su ley, o sea su voluntad, en sus almas y sobre sus corazones. (Véanse Ezequiel 36:26 y Hebreos 8:10.) Todo esto subraya la importancia de adorar y servir a Dios por una adecuada actitud de nuestra mente y de nuestro corazón antes de hacerlo por demostraciones exteriores. Por eso dijo Cristo: “Mas la hora viene, y ahora es cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren” (Juan 4:23, 24).

Cuando se lleva a Cristo dentro del corazón, queda transformada la conducta entera. Esta experiencia espiritual cambia profundamente las manifestaciones exteriores de la vida. Pero entonces ya

(Sigue en la página 11.)

«Escapa por tu vida»

por R. A. Salton

Cuando el Salvador de la humanidad instruyó a sus discípulos con relación al futuro y su regreso, empleó un incidente de los días de Lot como ejemplo del próximo juicio del mundo. He aquí sus palabras: "Asimismo también, como fué en los días de Lot, comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban; mas el día que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre, y destruyó a todos; como esto será el día en que el Hijo del hombre se manifestará" (Lucas 17:28-30).

Los acontecimientos expuestos en el Antiguo Testamento se escribieron para beneficio y prevención de los hombres que habrían de vivir en los postreros días. Pablo dice: "Estas cosas les acontecieron en figura; y son escritas para nuestra admonición, en quienes los fines de los siglos han parado" (1 Corintios 10:11). En la experiencia de Lot hay una lección importante, y hacemos bien al prestarle atención.

Al surgir ciertas dificultades entre los pastores de Lot y los de Abrahán, Lot "fué poniendo sus tiendas hasta Sodoma. Mas los hombres de Sodoma eran malos y pecadores para con Jehová en gran manera" (Génesis 13:11-13). En esto consistió el gran error de Lot—"fué poniendo sus tiendas hasta Sodoma"—. Hoy día muchos incurrir en esta misma fatal equivocación. Tientan al mundo para que éste, a la vez, los tente.

Después Lot se encontró dentro de la misma Sodoma, y se puede decir que esta ciudad entró en su propia familia. Cultivó cierto interés por las actividades civiles de Sodoma, pues leemos que "Lot estaba sentado a la puerta de Sodoma" (Génesis 19:1). La perversidad de esta ciudad llegó a un extremo tan alarmante, que Dios consideró necesario su aniquilamiento. El secreto de la degradación moral de Sodoma lo expone la Inspiración con estos términos: "He aquí que ésta fué la maldad de Sodoma...: *soberbia, hartura de pan y abundancia de ociosidad tuvo ella y sus hijas; y no corroboró la mano del afligido y del menesteroso. Y ensoberbeciéronse, e hicieron abominación delante de Mí, y quitélas como vi bueno*" (Ezequiel 16:49, 50).

Los pecados de Sodoma—orgullo, prosperidad y abundancia materiales, ociosidad, egoísmo, vanidad e impureza—también son los pecados característicos de estos postreros tiempos en que vivimos (2 Timoteo 3:1-5); y aquellos que los cometen, sufrirán un fin semejante al del pueblo de Sodoma, a menos que se arrepientan.

El clamor del pecado de Sodoma se hizo ensordecedor y agravado en extremo (Génesis 18:20). "Habían fornicado, y habían seguido la carne extraña"; por eso Dios, que aborrece la iniquidad, decidió castigarlos con "el juicio del fuego eterno", poniéndolos "por ejemplo a los que habían de vi-

vir sin temor y reverencia de Dios" (Judas 7, y 2 Pedro 2:6). Si dentro de sus puertas se hubiera podido hallar tan sólo diez justos, habría sido perdonada en respuesta a la intercesión de Abrahán (Génesis 18:23-33).

Aunque Lot residía en Sodoma, conservó su integridad; sin embargo, se le afligía el alma al contemplar los hechos reprochables de los habitantes de ese inicuo lugar. (Véase 2 Pedro 2:7, 8.) Lot era el único hombre justo, y debido a su fidelidad y pureza, mantenidas en medio de una ciudad pecadora, el Señor, que "sabe... librar de tentación a los píos y reservar a los injustos para ser atormentados en el día del juicio" (2 Pedro 2:9), decidió sacar a Lot y su familia de Sodoma, antes de que le sobreviniera a ésta la destrucción. Dios cuida a su pueblo, aun después de que haya incurrido en equivocaciones.

Los dos ángeles que se aparecieron a Abrahán, cuando vieron el desenfreno y la impureza de los habitantes de Sodoma, avisaron a Lot que iban a destruir esa ciudad, pues el Señor les había enviado con esa comisión. Le aconsejaron que saliese de la ciudad con todos los miembros de su familia. La mañana siguiente trataron de apresurar su salida, pero todavía se demoró hasta que lo llevaron por fuerza, en compañía de su esposa y sus dos hijas, fuera de la ciudad. "Y fué que, cuando los hubo sacado fuera, dijo: Escapa por tu vida; no mires tras ti, ni pares en toda esta llanura; escapa al monte, no sea que perezcas" (Génesis 19:17).

Así fué como los mensajeros enviados del Cielo les apresuraron a salir de la ciudad condenada, y escaparon; pero la mujer de Lot miró hacia atrás, "y se volvió estatua de sal" (Génesis 19:26). Sodoma continuaba en su corazón. Después de la huida, "llovió Jehová sobre Sodoma y sobre Gomorra azufre y fuego de parte de Jehová desde los cielos; y destruyó las ciudades y toda aquella llanura, con todos los moradores de aquellas ciudades y el fruto de la tierra" (Génesis 19:24, 25). "Condenó (el Señor) por destrucción las ciudades de Sodoma y de Gomorra, tornándolas en cenizas", y sufrieron "el juicio del fuego eterno" (Judas 7; 2 Pedro 2:6). "Como esto", dice Cristo, "será el día en que el Hijo del hombre se manifestará" (Lucas 17:30).

El mundo actual se asemeja a la Sodoma de antaño. Pronto será asolado, pues las señales de su ruina inminente nos rodean por doquiera. Cuando Dios determine la hora, "se manifestará el Señor Jesús del cielo con los ángeles de su potencia, en llama de fuego, para dar el pago a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo; los cuales serán castigados de eterna perdición por la presencia del Señor y por la gloria de su potencia" (2 Tesalonicenses 1:7-9).

Así como el mensaje que Dios envió a Lot fué

"Escapa por tu vida", también hoy pregonan de diversos modos a los oídos, alma y conciencia de los hombres y mujeres, la postrera admonición al mundo: "Escapa por tu vida."

En la ciudad de Nueva York hay un indicador de tormentas que da aviso de la presencia de tempestades que se encuentran aún a 330 kilómetros, haciendo sonar una campana con intervalos de cinco a quince minutos. A medida que la tormenta se acerca a la ciudad, la campana toca con mayor frecuencia; y cuando aquella ya se halla apenas a dos horas de distancia, toca cada medio minuto. Luego da aviso insistente con un continuo repique. Generalmente esto ocurre de media hora a una hora antes de que la tempestad llegue a la ciudad.

Una espantosa tormenta se acerca a todo nuestro mundo. La campana de prevención divina ha estado repicando constantemente desde 1755, año del gran terremoto de Lisboa; ocurrió luego el oscurecimiento del sol y de la luna, el 19 de mayo de 1780, seguido por la caída de las estrellas en 1833. (Apocalipsis 6:12-17; Mateo 24; Marcos 13; Lucas 21:25-27.) Desde el principio del tiempo del fin, en 1798, la ciencia ha ido aumentando cada vez más, y muchos corren de aquí para allá, en los automóviles, trenes, vapores, aeroplanos, etc., en cumplimiento de la profecía (Daniel 12:4); los miles de descubrimientos en la ciencia moderna proclaman la inminencia del fin; los terremotos, huracanes e inundaciones—en una, sucedida en China hace menos de un año, perecieron 350.000 personas—se multiplican extraordinariamente; las epidemias arrasan a millones de hombres, y el hambre extermina a otros millones. Existe una lucha sin par entre el trabajo y el capital. (Véase la profecía acerca de esto en Santiago 5:4.) La mayor guerra de la Historia, en la cual perecieron 10 millones de combatientes, se ha librado en nuestros días, y las naciones se preparan con más energía que nunca para otra lucha aún mayor. El evangelio de la salvación de Cristo y de su próximo regreso circunda rápidamente el mundo, con una fuerza mayor de la que ha tenido durante muchos siglos, mientras que al mismo tiempo el estado moral de la humanidad se halla en bancarrota, y la civilización está en decadencia y condenada a la destrucción.

Mientras nos hemos acercado gradualmente al final de las edades, y la tormenta se aproxima cada vez más, la campana de prevención de Dios, a semejanza del indicador de la ciudad de Nueva York, ha repicado con mayor frecuencia a medida que los años transcurren, hasta que hoy vibra persistente y continuamente: "Escapa por tu vida", pues la tormenta está a punto de desencadenarse con poder sobrenatural sobre un mundo empapado de iniquidad, que ignora el tiempo de su visitación, y que permanece indiferente y descuidado ante su peligro. Casi se ha llegado al límite de la clemencia de Dios para una humanidad culpable y rebelde.

Hace unos cuantos años, cuando se acercaba el terrible huracán que arrasó a la Florida, cierto número de periodistas trabajaron infatigablemente para

advertir por teléfono al pueblo de Miami acerca de la tormenta que le amenazaba. Después de llegar, por fin, el huracán, hubo un momento de calma. Creyendo que la tempestad ya había pasado, la gente "se burló de los periodistas que le habían prevenido", y salió a la playa en traje de baño a ver los daños causados.

Mas de súbito la tormenta cambió de rumbo, y volvió con terrible furia. Llegó con un rugido ensordecedor, acompañada de una inmensa ola que se precipitó sobre la ciudad. Numerosos espectadores buscaron abrigo demasiado tarde. Durante dos horas la tormenta siguió su obra de destrucción. De vez en cuando una embarcación, escabulléndose de las olas, chocaba contra alguna roca de la costa, y desaparecía bajo las enfurecidas aguas.

En 1914 una gran tormenta azotó a nuestro mundo con fuerza ciclónica, y continuó hasta 1918, cuando hubo un momento de calma, pero pronto se reanuda con furia mucho más intensa. Los mensajeros de Dios, sus juicios, sus señales, repican ahora continuamente la advertencia: "Escapa por tu vida." No hay duda de que muchos, como los habitantes de Miami, buscarán abrigo demasiado tarde. Muy pronto el mundo seguirá la misma suerte de Sodoma.

Sólo hay una esperanza para toda alma que desee salvarse, y consiste en que se encuentre cobijada en el gran lugar de refugio que proporciona en todo momento Nuestro Señor. Podemos encontrar en él tanto limpieza de los pecados como abrigo cuando ruge el vendaval.

"¿Cómo escaparemos nosotros, si tuviéremos en poco una salud tan grande?" Respondemos: No hay escape alguno para aquellos que descuidan la salvación. Pronto la campana de prevención dejará de sonar. Pronto será demasiado tarde para arrepentirse y asegurarse de la vida eterna. Este es el momento de aceptar a Jesús como nuestro Salvador personal, que nos limpia de la culpa y poder del pecado. "He aquí ahora el día de salud." Jesucristo, en la plenitud de su gran corazón de amor eterno, nos llama como los ángeles llamaron a Lot de antaño: "Escapa por tu vida."

(Continuación de la página 9.)

no queda nada de artificial en las obras visibles de tales cristianos, porque son el fruto natural de la experiencia de su corazón. Se llevan a cabo con toda humildad y mansedumbre, en el mismo espíritu de Cristo que mora en sus corazones.

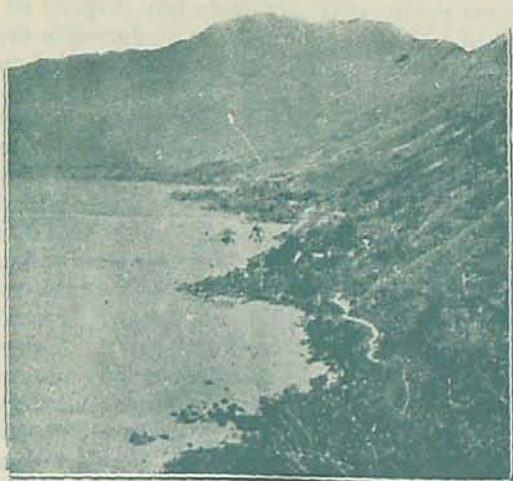
Amigo lector: Cristo quiere darte también esta profunda e íntima experiencia religiosa. Con el Salomista, puedes orar a Dios con fe: "Crea en mí, ¡oh Dios!, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí" (Salmo 51:10).

Los beneficios de los baños de mar

En ningún sitio se hace mejor que en la playa la vida al aire libre; gracias a la igualdad de la temperatura, aun las personas sensibles pueden quedar mucho tiempo en la playa sin necesidad de acumular chales sobre sus hombros o ponerse abrigos. La pureza del aire es allí muy notable; su riqueza en oxígeno y ozono es grande; pero, sobre todo, está cargado de principios minerales que el rocío del mar pulveriza y el viento dispersa, a los cuales debe sus notables propiedades terapéuticas. Hasta unos cien metros de la orilla el aire contiene grandes cantidades de sal marina en suspensión; después de seiscientos metros ya no contiene. El yodo que se desprende del fuco abunda en las costas del Océano. La luz y el sol son importantes elementos del clima marítimo. Allí se vive bañado en luz; el color y la insolación se cogen más pronto y más intensamente en la playa que en el campo. Se activan las oxidaciones en el organismo vivo, como la herrumbre en el hierro. Para las personas resistentes el viento es también un elemento saludable; hace penetrar el oxígeno en los pulmones, azota la cara y partes descubiertas como una ducha, y aun atraviesa los vestidos; para favorecer esta acción, los niños deberían ir ligeramente tapados y vestidos con tejidos de lana de mallas claras y permeables.

El baño de mar es un energético medio higiénico y terapéutico. La temperatura del agua, su concentración en sales de cloro, bromo y yodo, la acción percuciente de las olas y el ejercicio que hace el que se baña, tienen un notable efecto en el organismo; los cambios nutritivos son muy estimulados.

Por esto el baño ha de tomarse juiciosamente; su excesiva repetición o prolongación puede causar gran fatiga, fiebre y adelgazamiento en las personas imprudentes o de salud delicada. La mejor época para



los baños de mar es julio y agosto. Son los meses más calurosos, durante los cuales los niños podrán estar en la playa medio desnudos y con los pies en el agua. En pleno verano son sitio excelente las playas del Norte y del Océano, pero no tanto las del Sur, en las cuales, para resguardarse de los rigores del sol, uno tiene que estarse encerrado en la sombra, perdiendo así el beneficio de la aeroterapia continua. En mayo y septiembre las playas del Norte son demasiado frescas. Los niños no pueden chapotear a su gusto en el agua; los baños son raros, pero entonces gozan de ventaja las playas del Mediterráneo. En invierno se puede gozar del clima marítimo, pero no de las otras ventajas, y entonces se busca la Costa Azul o la costa vascongada. Algunas playas muy resguardadas y caldeadas por el *gulf-stream* pueden constituir buenos parajes para el invierno. Sin embargo, hay niños endebles y aun enfermos que no temen los rigores de la playa en invierno, y el éxito de los sanatorios marítimos demuestra que no les sienta tan mal.

Las playas de arena, que ofrecen a los niños un excelente campo para juegos, son mejores que las playas de guijarros; el baño en aquellas es más agradable, más caliente y menos peligroso. Lo que la higiene no aconseja son las playas mundanas, las playas de casino, hechas para la exhibición de trajes, y no para gozar de los beneficios del aire.

¿Es más conveniente vivir cerquita del mar, o a alguna distancia? Esto depende del temperamento de las personas; cerca del mar uno aprovecha continuamente el clima estimulante que se ha ido a buscar: nada mejor para escrofulosos y linfáticos; pero hay personas nerviosas que pierden el sueño allí.

El baño de mar exige muchas precauciones para los niños y personas de salud delicada. La mejor hora para tomarlo es de once a una. Entonces el sol está en toda su fuerza; la playa está caliente; al baño ha precedido el ejercicio matinal, y el almuerzo que sigue después permite el descanso y la reparación de fuerzas. El baño tomado hacia el final de la tarde es menos caliente. El baño matinal, que gusta especialmente a los ingleses, es más frío aún.



Para soportarlo bien hay que tener una buena resistencia al frío. Se recomienda no bañarse demasiado pronto después de comer, por temor de las congestiones cerebrales o síncope; hay que dejar un intervalo de dos horas y media para la digestión. Quizá en esto se hayan exagerado los peligros, pues los ingleses no parecen preocuparse mucho de esto, aunque creo que no están de más algunas precauciones. Una buena costumbre, a menos de empezar zambulléndose en seguida, es la de mojarse la cabeza al entrar en el agua, para evitar la congestión encefálica provocada por la acción del frío en el abdomen. En el baño es preferible no quedarse quieto, sino nadar o procurar nadar, porque así se lucha contra el enfriamiento y se hace un ejercicio excelente.

La duración del baño suele variar. Hay personas que pueden quedar mucho tiempo en el agua sin enfriarse, otras palidecen y castañetean de dientes al cabo de cinco minutos. Generalmente, los gordos, los que tienen la protección de un buen panículo adiposo, resisten mejor el agua fría que los delgados. Los baños demasiado prolongados o repetidos dos veces al día son peligrosos, por la excitación física y el agotamiento que suelen ocasionar. Quince minutos en el agua suele ser una duración máxima para la mayoría de las personas. Para los niños y los débiles, el baño ha de ser muy corto, cinco minutos lo más, y aun debe empezarse por un minuto solamente, es decir, el tiempo justo de sumergirse hasta el cuello, y luego salir. La manera en que el organismo reacciona es una buena guía para la duración del baño.

La estancia en la playa tiene aún muchos otros atractivos; la pesca sobre las rocas, las excursiones por barco, los paseos por la playa y los varios deportes añaden sus beneficios a los del aire marítimo y del agua salada.

La estancia junto al mar es el mejor remedio para los niños linfáticos, raquíticos o escrofulosos. Un verano junto al mar les vale más que todos los medicamentos del año entero.

Sin embargo, el mar no conviene a todo el mun-

do. Los nerviosos lo temen. No pueden dormir, les duele la cabeza y adelgazan. En los calenturientos, se agrava su estado; los asmáticos tienen más ataques, y los tuberculosos se exponen a empeorarse. Estos inconvenientes existen menos en los niños que en los adultos. Los niños más agitados, para los cuales se consideraba el mar con aprensión, suelen regresar muy mejorados de la playa.

(*Vie et Santé.*)

MARCEL LABBÉ.

LOS BARROS

Desde hace poco existe la tendencia de atribuir los barros a la acción microbiana. Se nos dice que se deben a la presencia de un germen conocido como bacilo de barros, el cual se desarrolla en la piel grasosa. Es decir, que, según esta aseveración, los barros son una infección contagiosa de la piel, y cualquiera persona joven con piel grasosa está propensa a ella y puede contraerla al acercarse a alguien afectado.

Un método antiguo, pero bueno, y que recomienda un distinguido médico inglés, consiste en lavarse a menudo la cara con jabón y agua caliente. Aconseja que se enjabone la cara todas las noches, por dos o tres minutos, empleando una brocha de afeitar. Después que se ha lavado con agua caliente la cara enjabonada, debe aplicarse una loción de azufre, con ayuda de un pedazo de algodón hidrófilo, y dejar que se seque. La loción se prepara de la siguiente manera: azufre precipitado, 14 gramos; glicerina, 7 gramos; tintura de quillay, 14 gramos; agua destilada suficiente para hacer 170 gramos.

Si este tratamiento irrita la piel, debe omitirse por unas cuantas noches, y aplicarse en su lugar glicerina y almidón a la hora de acostarse. Para enjabonarse se puede emplear jabón ordinario de tocador o jabón de azufre.

Debe abrirse las pústulas con un mondadientes de madera mojado en tintura de yodo, antes de usar el jabón y la loción de azufre.



Fiel a su palabra el general Cambronne nunca más bebió vino

En 1795 la guarnición de Nantes contaba con un joven y valiente cabo llamado Cambronne. Inteligente y bravo, ese militar había contraído, por desgracia, el vicio de emborracharse a menudo. Cuando estaba beodo, Cambronne no era dueño de sus actos. Un día golpeó a un oficial que le daba una orden. La regla era severa: Cambronne pasó en consejo de guerra y fué condenado a muerte.

El coronel del regimiento, que apreciaba mucho las cualidades de su cabo, pidió el indulto de Cambronne al comisario del Gobierno.

—Es imposible—le dijo éste—. Ha de darse un ejemplo; si no, se perdería completamente la disciplina en el ejército. El cabo Cambronne ha de morir.

Pero el coronel insistió con tanta elocuencia, que finalmente obtuvo el indulto del cabo, a condición que éste no se emborrachase nunca más en la vida.

El coronel se dirigió en seguida a la cárcel militar para anunciar al reo tan fausta noticia, y sostuvo con Cambronne este patético diálogo, que transcribe Monseñor de Segur (*Instructions familiares*, t. II):

—Has cometido una falta muy grave, cabo.

—Es cierto, mi coronel; por esto usted ve dónde me encuentro, pues que he de pagarla con mi vida.

—¿Quién sabe!

—¿Cómo! ¿Quién sabe? Usted conoce el rigor de la ley militar. No puedo esperar indulto. No me queda más que morir.

—No, amigo. No has de morir aún. Yo te traigo el indulto, del cual tú desesperas. Lo he obtenido, aunque con dificultad, del comisario del Gobierno. Te remiten la pena y te dejan los galones, pero con una condición.

—¿Una condición? Hable usted, mi coronel, hable usted. Yo haré cuanto pueda para librar mi cabeza, y sobre todo para salvar mi honra.

—Pues la condición es que no te emborracharas nunca más.

—¡Oh, mi coronel! Esto es imposible.

—¿Cómo! ¿Imposible? ¿Para escapar a la muerte? Van a fusilarte mañana. Piénsalo bien.

—Mire usted, mi coronel: para no emborracharme nunca más, no tendría que beber vino jamás, porque Cambronne y la botella son tan amigos, que una vez que han empezado han de acabar. Es imposible pararse. No puedo prometer de no emborracharme nunca más.

—Pero, desgraciado, ¿no puedes prometer de no beber nunca más vino?

—¿Absolutamente nada de vino?

—¡Claro!

—¡Jem! Es algo muy grande lo que usted pide, mi coronel. No beber más vino... No beber nunca jamás. Pero, mi coronel, si yo le prometiese no beber más vino en toda mi vida, ¿qué es lo que garantizaría a usted mi promesa?

—Tu palabra de honor. No necesito otra cosa.

Te conozco, y sé que si tú la das, no faltarás a ella. Así que, Cambronne, ¿qué escoges tú?

—Es usted demasiado bueno, mi coronel. Gracias por su confianza, que aprecio más aún que el indulto que me trae. Dios nos oye... Yo, Cambronne, juro que nunca jamás en mi vida llegará a mis labios una gota de vino... ¿Está usted satisfecho, mi coronel?

—Sí, amigo. Estoy contento de ti. Mañana serás libre. Sé un soldado valiente, y emplea en el servicio de la patria la vida que ella te devuelve hoy.

Al día siguiente el cabo Cambronne reanudaba su servicio.

* * *

Veinticinco años más tarde, vivía en París, en humilde retiro, un glorioso héroe de la epopeya napoleónica, el general Cambronne, que había mandado en Waterloo uno de los cuadros de la vieja guardia: "La guardia muere, pero no se entrega."

Cierto coronel que se jactaba de haber tenido bajo sus órdenes en otros tiempos a ese legendario paladín, resolvió un día invitar a Cambronne a su mesa. El coronel, creyendo que los capitosos encantos de un vino secular no podían menos que cimentar la amistad de los dos antiguos hermanos de armas, se disponía a llenar el vaso de su invitado. Al verlo, Cambronne miró con aire extraño y como enojado.

—¿Qué me da usted ahí?—dijo.

—Pues vino del Rhin, y vino excelente, mi general. Tiene más de cien años. No encontrará otro igual en París... Le aseguro a usted, mi general, que es excelente. Pero pruébelo usted, y usted...

—¿Y mi palabra de honor, coronel, mi palabra de honor?—gritó Cambronne—. ¿Y Nantes, y la cárcel, y el indulto, y mi juramento? ¿Ha olvidado usted todo esto, excelente amigo mío? ¿Por quién toma usted a Cambronne? Desde aquel día, ni una gota de vino ha tocado a mis labios. Se lo juré a usted, y he tenido mi palabra.

El viejo coronel se felicitó de haber conservado para Francia el general Cambronne, hombre de rectitud, así en la abstinencia como en la acción.

(De *Vie et Santé*.)



El bebedor que no llega a vencer su vicio por la fuerza de su voluntad podrá, de rodillas, pedir la ayuda de Dios, que le será concedida si obra con sinceridad y fe.



La clave del verdadero éxito

por Lora E. Clement

Cierto joven abogado pidió una vez a Daniel Webster que le recomendase alguna especialidad que pudiese contribuir al éxito de su carrera.

—Las semillas de nabos—le aconsejó lacónicamente el gran Webster.

El joven abogado no desdeñó este extraño consejo. Se puso a estudiar cuanto se relacionase aunque remotamente con los nabos, hasta llegar a ser una autoridad en la materia.

Corrieron los años, sin que tuviese ocasión de hacer uso de sus conocimientos. Luego, un día, un agricultor llegó a crear una nueva especie de nabo, de cuya semilla esperaba hacer fortuna. Sin embargo, antes que realizara su sueño, otro vecino empezó a producir y vender la misma clase de semilla. Entonces el primero lo emplazó en justicia. El creador de la semilla pidió a Daniel Webster que se encargase de su caso. Este replicó: "No entiendo tanto de nabos como debiera entender, pero hay un joven en nuestro pueblo que sabe cuanto se refiere a esta planta. Véale, que él le hará ganar su pleito."

Así que el agricultor contrató al joven abogado. Cuando se vió la causa ante el tribunal, el joven no sólo asombró a su cliente, sino también a su oponente, al juez, al jurado y al auditorio por el profundo conocimiento que tenía del asunto de los nabos. Ganó triunfalmente el pleito, y el que de otra manera habría permanecido en la oscuridad, se vió así bien encaminado hacia la fama y la fortuna.

—¿Qué suerte!—dice usted? De ninguna manera. Lo debió tan sólo al trabajo duro, y a la resolución de destacarse en algo, aunque fuese en la vulgar semilla de nabo.

Un día un fabricante de martillos estaba conversando con un amigo, y le decía:

—Hace veintiocho años que me dedico a este negocio.

—Bueno—observó su amigo—. Usted debe poder hacer un martillo más o menos regular.

—¡No, señor!—fué la inmediata y vehemente respuesta—. Nunca hice un martillo regular. Yo produzco el mejor martillo que se fabrique en el país.

¿Domina usted algo? ¿Cualquier cosa? ¿O recorrer sencillamente la senda de la vida con un vago conocimiento de las cosas en general, sin especializarse en nada en particular? ¿Hace usted algo de una manera regular o de la mejor manera posible?

Se dice que si un hombre puede fabricar una trampa para ratones mejor que cualquier otra persona, el mundo no tardará en trillar una senda que llegue a su morada. Y lo que se aplica a la actividad manual, también se aplica a la actividad mental.

Son demasiados en el mundo los que están satisfechos con lo regular, tanto en el trabajo como en el estudio.

Un negociante, durante su estancia forzosa en un hotel, llevó cierto trabajo a una joven mecanógrafa. Más tarde, hablando del caso, dicho señor explicaba: "El letrado que había hecho colocar frente a su puerta no tenía errores; pero, ojalá pudiera decir lo mismo del trabajo que hizo para mí. Lo terminé antes del almuerzo, me llevé las páginas escritas a máquina, le pagué el precio que me cobró, que era un 50 por 100 más alto de lo que debiera haber sido, y fui a mi pieza y empecé a revisar las carillas. Era un trabajo inservible. Los errores se destacaban en él como las espinas en un puercoespín."

"A la mañana siguiente le devolví el manuscrito. La joven lo volvió a copiar, pero no lo hizo gustosamente ni bien. Aun en su segunda copia, había errores asombrosos. Eché una mirada de despedida a aquel perfecto letrado, y tomé mi tren."

"En otro hotel, de otra ciudad, encontré otro letrado igualmente perfecto, pero ¡qué diferencia en la persona que lo había hecho colocar! Esta joven era cortés, aseada y exacta. No había errores en su trabajo, y cuando le pagué, me dijo con una sonrisa: "Muchas gracias; y visítenos otra vez". He ido desde entonces a llevarle trabajo muchas veces, y siempre está ocupada. ¿Por qué? Porque aparentemente muchos hombres de negocio han descubierto como yo que es la mejor dactilógrafa de la ciudad donde vive."

La mayoría de entre nosotros no tiene nada de extraordinario. Todos tenemos una cantidad mediana de sesos, salud, capacidad y criterio. Pero algunos somos demasiado perezosos para emplear estas cosas, y nos preguntamos por qué nunca tenemos buena suerte, y lamentamos nuestros fracasos. Teodoro Roosevelt dijo una vez a un amigo suyo: "Yo no soy sino un hombre como la mayoría; pero, Jorge, trabajo más fuerte que la mayoría."

No, amigos míos, no permanezcamos sentados esperando que la suerte nos visite. Levantémonos, trabajemos, hagamos lo mejor que podemos. Hay una sola clase de obreros a quienes se honra en la tierra o el cielo, a saber: la de aquellos que ejecutan sus quehaceres, estudios o trabajos, de modo que no tengan de qué avergonzarse. ¿Pertenece usted a esa clase?

Próximamente se pondrá a la venta

El libro indispensable para su hogar

"Guía Práctica de la Salud"

Traducción de la obra del

DOCTOR FEDERICO M. ROSSITER

SEXTA EDICION

Considerablemente aumentada y cuidadosamente corregida.

Tratado magistral de anatomía, fisiología e higiene, con una descripción científica de las enfermedades, dando sus causas, síntomas y tratamientos. Escrito especialmente PARA LAS FAMILIAS E INSTRUCCION DE LOS ENFERMEROS

Se ha compuesto esta obra médica con el sincero propósito de que corresponda en verdad a lo que implica su título: GUIA PRACTICA DE LA SALUD

Da una explicación completa y sencilla de los órganos y las funciones del cuerpo humano, con más de **90 MAGNIFICOS GRABADOS**, muchos de ellos en colores, que muestran la anatomía de las diversas partes y la relación entre unas y otras, junto con la descripción detallada de la naturaleza y causa de muchas dolencias y la prescripción higiénica para su tratamiento SIN USO DE DROGAS. Se ocupa, además, **DE CASI TODAS LAS ENFERMEDADES COMUNES DEL GENERO HUMANO**, de tal modo que las enseñanzas y consejos expuestos pueden practicarse en todos los hogares. Contiene un capítulo adicional sobre el masaje, de que carecían las primeras ediciones, y un apéndice de datos valiosísimos sobre la austeridad que debe caracterizar cuanto atañe a la vida sexual.

Constará de 735 páginas de texto, y además 12 láminas en colores y una bella tricromía, representación gráfica de la estructura del cuerpo humano en láminas sobrepuestas.

Editorial "Señales de los Tiempos"

Apartado 4.078.—MADRID